

lidad de los pequeños estados queda en entredicho en el mundo actual; las perspectivas son aún más difíciles.

Centroamérica sigue siendo un espacio potencialmente favorable a la integración política. En décadas anteriores habíamos podido demostrar vitalidad y eficacia en el manejo de las relaciones intracentroamericanas, con la experiencia del mercado común y prácticas comerciales internacionales benéficas para el proceso de modernización económica, que empezaba a dibujar una identidad centroamericana frente al resto del mundo. Pero nos faltó historia, nos faltó visión histórica para avanzar, al mismo ritmo que en la economía, en los campos de la política, y pronto perdimos las ventajas del crecimiento integrado. La última ocasión en que a Centroamérica se le presentó la posibilidad de convertirse en un ente político y jurídico fue en el decenio 1960. Desafortunadamente, esa posibilidad se esfumó cuando los enfrentamientos fáciles alentados por desigualdades locales se apropiaron del escenario político; las identidades que empezaban a consolidarse en el ámbito regional se rompieron, primero, en medio de una guerra entre Honduras y El Salvador, y más tarde cuando aparecieron nuevas formas de enfrentamientos políticos locales con claros tintes de escalada ideológica internacional. Comprando de nuevo las utopías y los espejismos del juego externo, enterramos décadas de esfuerzos desarrollistas alcanzadas en un marco de integración. Más grave aún, favorecimos el regreso de viejos conflictos que acentúan el valor de fronteras e identidades particulares.

Es importante que ante los acontecimientos de los últimos años tengamos una lectura de la historia, de modo que, como dice Pastor, "libere a la imaginación de la tiranía del presente, compense la miopía de los últimos sucesos y pueda sustentar una comprensión exacta de nosotros mismos". Quizá ahora se abra nuevamente la posibilidad de integración que nos conduzca a la unificación política.

La historia no nos salva; pero bien leída, teniendo en cuenta los acontecimientos de la última década, nos puede ayudar a encontrar un sentido de responsabilidad ante el futuro.

RENÉ HERRERA ZÚÑIGA

K.J. HOLSTI, *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory*, Boston, Allen & Unwin, 1987.

Las severas críticas al realismo político en el decenio 1970 y las teorías alternativas que se propusieron dieron lugar, en la década pasada, a un intenso debate sobre el método más adecuado para el estudio científico de las relaciones internacionales. En la segunda mitad de esa década se fortaleció la perspectiva neorrealista, que al reformular el realismo le dio nueva vigencia. Puesto que el neorrealismo tiende a predominar y parece afianzarse cada vez más entre los teóricos de las relaciones internacionales, la lectura de la obra de Holsti

—breve y excelente ejemplo del punto de vista neorrealista— es en este momento de particular interés.

La teoría de las relaciones internacionales es, dice Holsti, una disciplina dividida: el debate académico se encuentra en lamentable estado de confusión, porque abundan perspectivas teóricas que quizá estén apartando a la teoría de las relaciones internacionales de su cauce lógico y científico, de sus preocupaciones fundamentales, de la sustancia misma a la que debe su existencia. Esa situación —observa el autor— es muy reciente; desde mediados del siglo XVII y hasta principios del decenio 1970 un solo paradigma orientó la investigación en el campo de las relaciones internacionales y sentó las bases teóricas de la disciplina. Su objetivo, según Holsti, no era otro que establecer “afirmaciones descriptivas y explicativas acerca de la estructura, las unidades y los procesos de la política internacional que trasciendan factores de tiempo, lugar y personalidad” (p. 3).

No es de lamentar el carácter hegemónico del criterio estadocéntrico o realista, porque se tomaron en cuenta las cuestiones importantes y fundamentales. La primera, la *raison d'être* de la disciplina, es el estudio de las causas de la guerra y las condiciones necesarias para establecer un orden de paz y seguridad (p. 7). Sin embargo, opina el autor, con el advenimiento de nuevas metodologías, enfoques diferentes, problemas distintos, etc., el consenso entre los analistas se rompió convirtiendo la teoría de las relaciones internacionales en un verdadero campo de batalla académica.

El propósito expreso del libro de Holsti —destinado a estudiantes y especialistas en la materia— es tratar de poner un poco de orden en ese caos teórico. Pero además, la lectura revela una reformulación de la teoría realista, toma en cuenta las críticas que se le han hecho y trata de subsanarlas. Sin embargo, Holsti no lo reconoce así y pretende demostrar que el modelo defendido por él ha sido uno y el mismo a lo largo de siglos. En las páginas que siguen intentaré evaluar la argumentación del autor.

En el primero de sus siete capítulos, Holsti establece que las mayores contribuciones a la teoría de las relaciones internacionales son obra de autores identificados con el paradigma realista, quienes coinciden en que: 1) el problema fundamental es el estudio de las causas de la guerra y las condiciones para un orden de paz y seguridad; 2) la principal unidad de análisis es el comportamiento diplomático-militar de los únicos actores esenciales, los estados-nación; 3) los estados operan en un sistema caracterizado por la anarquía, es decir, la falta de una autoridad supranacional (p. 10). Un modelo genuino, que en verdad desafíe la hegemonía realista, dice Holsti, es aquel que puede hacerle frente en estos tres campos; es decir que ofrezca nuevas y diferentes perspectivas sobre el problema esencial de estudio, sobre las unidades de análisis apropiadas y sobre el medio internacional en el que las acciones y procesos de estas unidades tienen lugar. Con estos elementos, Holsti llega a la conclusión de que las únicas dos teorías que podrían rivalizar con la realista serían la de la dependencia y la de la sociedad global. ¿Es necesario entonces abandonar el realismo político y sustituirlo por alguna de las dos opciones? Ésta es la pregunta que trata de responder en los capítulos 2, 3 y 4.

En el segundo capítulo revisa la teoría realista, o “clásica”, como prefiere llamarla Holsti. Hay, dice el autor, una “tradición coherente” (p. 27) de preocupaciones intelectuales compartidas que viene desde Hobbes y Grocio, pasa por Rousseau y Kant para llegar hasta nuestros días con Carr y Morgenthau, entre otros. Esa tradición, opina Holsti, es científicamente válida en tanto muestra continuidad en sus preocupaciones y, por lo tanto, permite la acumulación de conocimiento. Independientemente de hasta qué punto sea atinado incluir a todos esos autores en una misma teoría, en la visión de Holsti hay implícita la legitimación histórica del realismo político, y un intento de legitimar como científica esta teoría en particular. A diferencia de la mayoría de las comparaciones previas, que destacaban sólo algunas diferencias de valor o de metodología entre los aparatos teóricos existentes, Holsti los compara desde tres perspectivas diferentes: sus problemas de estudio, sus metodologías y sus valores. No obstante, dado que desde el inicio de su ensayo el autor identifica los elementos ontológico, epistemológico y normativo del paradigma realista con la sustancia misma de las relaciones internacionales como disciplina, prácticamente niega cualquier capacidad de competencia a otras teorías alternativas.

Por ejemplo, de acuerdo con Holsti, si Morgenthau o Carr no se ocupan de los fenómenos transnacionales —es decir aquellos que van más allá de las relaciones entre gobiernos— es porque “están claramente desvinculados de un análisis ceñido al problema clásico”: las causas de la guerra. Según Holsti, el estudio de los flujos internacionales de capital o de los intereses estadounidenses en las minas chilenas “arrojan poca luz sobre las actividades y procesos que llevan a la guerra, a fortalecer la paz, la seguridad y el orden” (p. 31). Sin embargo, éstas son aseveraciones no demostradas y probablemente falsas. Aun si coincidiéramos con Holsti en que la preocupación fundamental del internacionalista teórico es el estudio de las causas de la guerra entre los estados y las condiciones para que convivan en un orden de paz y estabilidad, ¿por qué no habrían de ser dignos de estudio elementos desestabilizadores como los flujos masivos de población o un cártel de productores de droga? ¿Por qué no analizar la influencia que compañías como United Fruit o ITT han tenido en la desestabilización de dos países latinoamericanos? Finalmente, ¿por qué no analizar también la influencia de General Motors o IBM en las políticas de los estados, que tiene lugar de manera no tan espectacular o dramática, pero sí efectiva?

En los capítulos tercero y cuarto Holsti reconoce ciertas aportaciones intelectuales de valor en las teorías globalista y dependentista. El estudio de nuevos problemas mundiales de tipo económico, ecológico o demográfico, que afectan a todos los países por igual, así como el análisis de las causas del subdesarrollo en distintos países o de la actividad de los actores no estatales, nos dice Holsti, ayudan al internacionalista de la misma manera que lo ayudan la historia, la psicología o la geografía. Es decir le dan perspectiva para comprender mejor el mundo que analiza. Sin embargo, agrega, ni el enfoque globalista, ni el dependentista, ni ningún otro fuera del realista le dan un marco teórico adecuado. Su crítica última a los enfoques no realistas es que al mos-

trar preocupaciones periféricas o no circunscritas a los problemas “tradicionales”, es decir al no tener como preocupaciones inmediatas y centrales la guerra, la paz y el orden, pueden llevar el análisis teórico fuera de sus cauces lógicos y científicos analizando fenómenos poco importantes para la disciplina.

Aun cuando de manera ambigua el autor reconoce la posible influencia de otros actores que no sean los estados en la política internacional, no le parecen importantes para la teoría, dado que “no hay prueba alguna en el conjunto de investigaciones recientes de que otros actores que no sean los estados o sus agentes” tomen las decisiones que conducen a la guerra o la paz (p. 39). Evidentemente, en última instancia, es el Estado el que toma una decisión. Sin embargo, desde mi punto de vista, los matices son importantes. Es necesario reconocer que la influencia de los actores no gubernamentales en la formulación y puesta en práctica de políticas específicas es variable: en ocasiones, estos actores pueden decidir *la política* adoptada por el Estado. Afirmar, como Holsti, que el Estado siempre tiene la última palabra no es suficiente. Representan al Estado gobiernos distintos en diferentes momentos, constituidos a su vez por individuos con orientaciones, motivaciones e intereses que no siempre coinciden, aun dentro de un mismo gobierno. Al suponer que el Estado es una entidad homogénea, cuyos representantes actuarán de acuerdo a intereses nacionales compartidos y evidentes, la perspectiva de Holsti niega la posibilidad de estudiar el proceso de toma de decisiones entre los diversos actores gubernamentales, quienes normalmente seleccionan una entre varias políticas posibles. Al tomar la actitud de Holsti, el Estado sigue siendo, como en el realismo menos sofisticado, una abstracción molesta. Por último, para Holsti, que globalistas y dependentistas se preocupen por buscar un orden internacional más armónico o más justo, antes que por preservar la estabilidad y paz del mundo —es decir que sus valores últimos no coincidan con los de la teoría tradicional—, le parece moral pero no científicamente justificado dado que, para él, los valores de la teoría realista son también parte constitutiva de las relaciones internacionales como disciplina científica.

En suma, en tanto no se ocupan exclusivamente de estudiar las causas de la guerra y las condiciones de un orden de paz y seguridad entre los únicos actores esenciales —los estados-nación— las teorías dependentista o globalista pueden tener valor intelectual pero, en última instancia, *no* son teorías de las relaciones internacionales, ya que, al no centrarse en los problemas clásicos estarían redefiniendo el campo de estudio (pp. 57, 75, 140). Para Holsti, en una visión de hondas raíces kuhnianas, el paradigma del realismo político es hegemónico por derecho propio, y no hay necesidad alguna de sustituirlo: hacerlo significaría navegar a la deriva en los vastos océanos de los fenómenos internacionales y perderse en los mares de la trivialidad.

Para justificar sus afirmaciones, el autor incluye dos capítulos empíricos. En el quinto capítulo presenta los resultados de una investigación cuyo objetivo fue evaluar el grado de influencia de esas tres teorías en la enseñanza de las relaciones internacionales. Mediante el análisis de referencias, lecturas recomendadas y bibliografías para la enseñanza de las relaciones internacionales en Australia, Canadá, Corea, Estados Unidos, Francia, India, Inglaterra

y Japón, el autor trata de evaluar la influencia de cada una de las tres teorías mencionadas. Encuentra que en los ocho países hay un franco predominio del paradigma realista, si bien en grados diferentes: Corea, Francia e Inglaterra son “bastiones de la ortodoxia” realista (p. 100); Japón, en el lado opuesto, es el país más abierto a las nuevas corrientes teóricas. Entre ambos extremos se encuentran Australia y Canadá, Estados Unidos e India, donde teorías alternativas al realismo han llamado la atención, sin por ello amenazar su hegemonía. Como en el pasado —dice Holsti— no se lamenta esa hegemonía, al contrario, es prueba de que la academia internacional distingue lo que es teóricamente esencial e importante de lo que es meramente periférico (p. 144). Los resultados de un análisis similar en América Latina no serían, creo, fácilmente previsibles. En mi opinión, en nuestro territorio predomina el enfoque realista no tanto porque los especialistas latinoamericanos reconozcan los méritos de ese enfoque, como pensaría Holsti, sino porque el dominio que ejerce Estados Unidos se manifiesta también en el campo intelectual. Sin embargo, dado que el enfoque dependentista es una contribución latinoamericana con gran influencia en la región, me parece que habría sido no sólo deseable, sino imprescindible, que Holsti incluyera por lo menos un país de esta parte del continente en su investigación. Demostrar la preponderancia del enfoque realista en América Latina habría sido un argumento importante, si no decisivo, en favor de su hipótesis.

En el sexto capítulo, el autor muestra un segundo tipo de hegemonía: el de la academia inglesa y norteamericana en la producción —pero quizá sobre todo en la difusión internacional— de estudios teóricos sobre las relaciones internacionales. Un verdadero “condominio intelectual británico-estadunidense” (p. 103) que parece fortalecerse, entre otras cosas, por la escasez de recursos para la investigación en los países en desarrollo y el reducido interés de los investigadores en esos países por llevar sus ideas más allá de sus públicos nacionales. El predominio del paradigma realista —dice Holsti— es benéfico porque orienta la investigación y la enseñanza de las relaciones internacionales en la dirección correcta, mientras que la hegemonía británico-estadunidense en la producción teórica mostraría la necesidad de formar una comunidad más diversificada de internacionalistas teóricos.

Sin embargo, para el autor, ambas hegemonías no parecen tener mucha relación entre sí: no se pregunta si el predominio de la teoría realista tendría su explicación no en sus virtudes teóricas, sino en el predominio británico-estadunidense sobre la elaboración y difusión de las teorías. Tampoco se pregunta si ambas tienen o no relación con la hegemonía mundial que han ejercido primero Inglaterra y posteriormente Estados Unidos. En pocas palabras, Holsti no reconoce que el predominio de una teoría pueda ser la otra cara de la moneda del predominio político.

En el séptimo y último capítulo Holsti retoma sus argumentos y se pronuncia en favor del “realismo clásico” como el único enfoque teórico adecuado para el estudio científico de las relaciones internacionales. Agrega, sin embargo, que si bien no le parece justificada ni deseable la síntesis de las tres teorías analizadas, ya que el realismo “proporciona la sustancia indispensable

a los esfuerzos descriptivos y teóricos", éste puede también "incorporar nuevos tipos de actores y problemas" (p. 144). Cabría agregar aquí que su argumentación es prueba de ello: frecuentemente su visión del "realismo clásico" como "tradición coherente" es una versión neorrealista que retoma y asimila algunas de las principales críticas formuladas al realismo, en particular las provenientes de la escuela interdependentista. Por ejemplo, Holsti afirma que la incorporación de cuestiones económicas o la inclusión de actores no estatales en el análisis de la política entre los estados no están reñidas con la "tradición clásica". Afirma también que los actores no estatales no son decisivos en lo que se refiere a la paz o la guerra entre los estados, pero al mismo tiempo reconoce que pueden tener influencia en otros temas que a él no le parecen sustanciales. De esta manera, implícitamente da la razón a algunas de las críticas más importantes que se han hecho al realismo.

Uno de los mayores problemas del autor a lo largo de todo el libro es su intento de restringir el estudio teórico de las relaciones internacionales al de las relaciones interestatales en temas muy específicos. Otro problema derivado del primero es que el autor imagina la quimérica posibilidad de que una teoría sea aplicable en cualquier lugar y época. Aunque el estado-nación siga siendo el principal elemento de la política internacional, su papel no es el mismo que el de hace 50, 100 o 300 años. Es cierto que en la estructura del sistema internacional no existe todavía una autoridad supranacional, pero también es cierto que la actividad de los estados en el medio internacional responde a grupos sociales cuyas preocupaciones —económicas, religiosas o ecológicas— trascienden las fronteras. El neorrealismo puede, efectivamente, constituirse en una herramienta teórica adecuada para analizar determinadas situaciones, pero puede también resultar equivocada si relega a un lugar muy secundario explicaciones que en otras situaciones son primordiales.

En este sentido, es necesario reconocer que los diferentes enfoques teóricos pueden ser complementarios o de mayor o menor utilidad para el análisis de distintos momentos y situaciones. Al contrario de lo que afirma Holsti, considero que la profusión de perspectivas teóricas puede no estar apartando las relaciones internacionales de un pretendido cauce científico ya establecido, sino ayudando a encontrarlo; lejos de impedir la acumulación de conocimiento, quizá esté propiciando una comprensión cualitativa y cuantitativamente mejor de los fenómenos internacionales. Dada la extrema complejidad y dinamismo de las transformaciones que dominan el escenario mundial, no podemos pretender que una determinada herramienta teórica dé cuenta de los múltiples estratos causales de esas transformaciones y de las que aún no imaginamos.

La obra de K.J. Holsti es excelente ejemplo del punto de vista neorrealista entre los teóricos de las relaciones internacionales. A diferencia del realismo ortodoxo, esa nueva visión permite acomodar —aunque marginalmente— nuevos actores y temas, razón por la que tiende a dominar en la discusión actual. Más que un modelo teórico en sí, el propuesto por Holsti parece ser una mezcla ecléctica de teorías ya existentes que realzan el valor y atractivo del realismo en demérito de las demás. El riesgo que se corre al subestimar los

modelos teóricos alternativos es el de volver a concepciones que han dominado tradicionalmente nuestro campo de estudio no sólo debido a sus méritos intrínsecos, sino a la fuerza de quienes las proponen. En este sentido, opino que la lectura crítica de este libro es oportuna y necesaria no sólo para los universitarios, donde se forman los futuros internacionalistas, sino para todos los interesados en la materia.

MIGUEL A. COVIÁN GONZÁLEZ